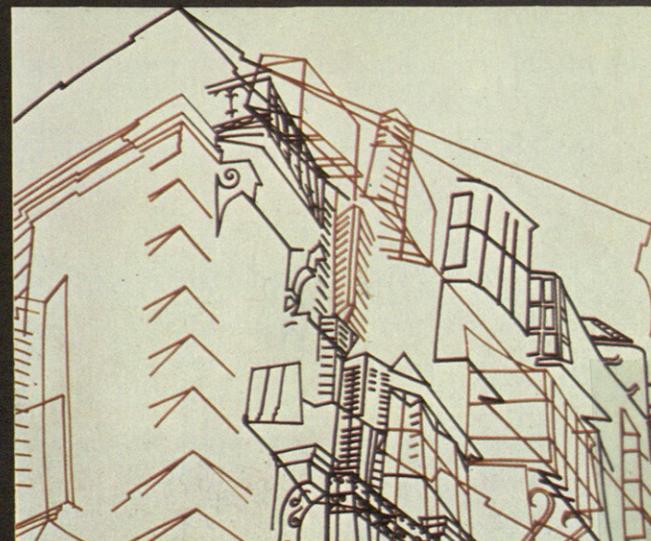
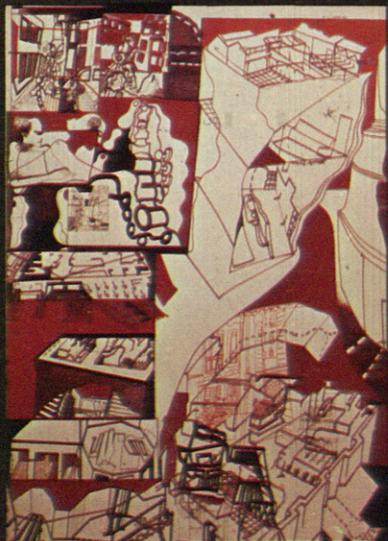


# La ciudad vista por M. Suárez Carreño

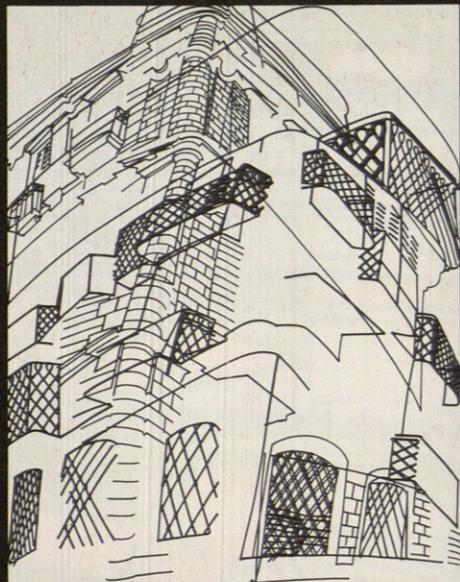
Cuando una viga de celosía metálica se superpone al paisaje —como la de lanzamiento de los elementos prefabricados del Acueducto del Cigüela sobre los tristes olivares de Carrasosa—, de una manera eventual y esporádica, acaso perpetra un acto más insolidario con su medio que la más injustificable fantasía arquitectónica, decidida a afirmar su personalidad en contraste con cuanto le rodea. El efímero paso de la silueta warren por el cielo, a sabiendas de que no perdurará, goza de ese carácter independiente, casi inaprensible y sarcástico que tarde o temprano tiene que

perder todo lo que se levanta con vistas a perdurar. No da origen a ningún estilo ni forzará la visión del futuro para que se acomode a su imposición y es tan fugaz que se puede permitir el lujo de desinteresarse de su pernicioso influencia; nadie se preocupará de la provisional obstrucción que ocasiona un andamiaje como tampoco ha nacido todavía quien conciba su obra convertida en ruinas, tal como la usura del tiempo la reducirá a esa forma que despojada de mil elementos caedizos afrontará la perdurabilidad, indiferente a toda moda. El andamiaje lo mismo que el esque-

leto es un motivo de un arte de postrimerías cuando el tiempo es cero o infinito. Lo transitorio y lo eterno gozan así cada uno de esa componente azarosa y tal vez irracional —emparentada con la naturaleza más que con la mano del hombre— que al ojo alerta a lo imprevisto llama tan poderosamente la atención, tal vez porque su posición en el espacio parece obra no tanto de una voluntad ni de un plan ni de un intelecto, sino de la insensibilidad de un tiempo que para huir o permanecer no tiene la menor necesidad de la intervención del hombre.







*El efímero paso  
de la silueta warren  
por el cielo,  
a sabiendas  
de que no perdurará...*



